

Educación en línea: ¿información o conocimiento?

(On-line education: information or knowledge?)

LUZ ELENA ESPINOZA PADIERNA
Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, adscripción al Centro de
Relaciones Internacionales (CRI) y a la División Sistema Universidad
Abierta (DSUA)

RESUMEN: *Información y conocimiento son dos nociones actualmente presentes en todos los aspectos de la vida social, pero cuyo impacto en términos económicos nos lleva a un replanteamiento de los fundamentos educativos de todo programa de formación. El encuentro –y no la separación– entre generaciones es un hecho. Caducas visiones para explicar los procesos de enseñanza-aprendizaje, evidencian su incapacidad para dar respuesta a añejos problemas que se complejizan al incorporar la tecnología, buscando respuestas más rápidas pero también más equitativas, en un momento en el cual la dinámica propia de los procesos en marcha, impone un cuestionamiento permanente para lograr la transformación gradual de nuestras sociedades.*

Información – conocimiento – alternativas educativas – aprendizajes virtuales

ABSTRACT: *Information and knowledge are two current concepts present in all aspects of social life, but its impact in economical terms leads to a reconsideration of the foundations of any teaching program. The linking –not the separation– between generations is a fact. Old visions to explain the learning-teaching processes show their inability to give an answer to old problems that become more difficult as new technologies are integrated, searching for faster answers, but also more equitable, in a moment in which the dynamics of the ongoing process establish a permanent criticism in order to reach the gradual transformations of our societies.*

Information – knowledge – educational alternatives – virtual learning

«Querer saber no es ansia de sabiduría
sino necesidad de conocer;
querer saber es la regla,
conocer es la excepción»

leep, 2002

INTRODUCCIÓN

Sin temor a equivocarme, en ningún otro momento el futuro inmediato ha tenido tal importancia como la que percibimos hoy en día. ¿La razón? las cosas, las condiciones mismas de vida cambian con tal rapidez que es difícil tener una percepción de tiempo y espacio similar a la experimentada por apenas una generación.

La tecnología ha desempeñado un papel determinante en esta definición, cuando en la actualidad es factible pasar a la oficina por la mañana, desplazarse a un punto distante para asistir a una reunión de trabajo al medio día y regresar por la tarde a casa para ver nuestro programa de televisión favorito, acompañado de una *pre-elaborada* cena cocinada en cinco minutos en el horno de microondas y, por qué no, terminar el día con una *sesión en línea* de alguna asignatura integrada al plan de estudios de la especialización que hemos seleccionado, de entre cientos de opciones que se ofrecen en un sinnúmero de instituciones educativas en todo el mundo. Podremos, en este orden, consultar las indicaciones del profesor, trabajar los contenidos generales de la unidad respectiva, «entrar» a la biblioteca o realizar alguna búsqueda específica en la red, intercambiar ideas con alguno de los compañeros matriculados en la institución y radicado al otro lado del mundo para, finalmente, enviar un borrador al profesor para recibir comentarios el día de mañana.

Sin lugar a dudas la tecnología, en el sentido más amplio, expresa el vertiginoso incremento de la capacidad humana para concebir, dar forma, procesar y transformar a la naturaleza, al mundo en su conjunto. Pero valga subrayar que la mayoría de estos avances ha provenido, en la mayoría de los casos, de las economías más desarrolladas, quienes lideran la llamada *sociedad de la información* o, en otro orden, *sociedad del conocimiento*, lo cual ha llegado a provocarnos la certeza de que la tecnología es la determinante principal para propiciar el crecimiento y el desarrollo económico y social, y tienden con ello a confundirnos, lo cual sugiere reflexionar en torno de sus implicaciones.

En apariencia sinónimas, ambas nociones están presentes en casi todos los actos y manifestaciones de nuestra vida diaria. Sin mayores obstáculos, podemos seguir el acontecer internacional; saber de algún adelanto científico e, incluso, tener acceso a los detalles; manejar cifras actualizadas sobre el ingreso *per cápita*

de algún país; e incluso, tener la posibilidad de *generar conocimiento*. Descubrimos que podemos manejar tanta información como cualquier persona de Estados Unidos o de Europa y, pese a ello, las diferencias tienden a agudizarse y el avance científico-tecnológico no alcanza a países como el nuestro. El principio *información es conocimiento*, ha permeado el ámbito educativo generando dos tipos básicos de resultantes: la afirmación de que *el que no sabe* es porque así lo quiere y, por otro, identificado con la educación a distancia, que la puesta en línea de cantidades ilimitadas de información permite al estudiante matriculado «saber todo lo necesario» sin tener que moverse de su computadora para asistir a una escuela. En consecuencia, lo anterior nos remite a establecer frecuentemente la siguiente relación lógica: quien recurre a la información, investiga y quien investiga, *conoce*.

Sin embargo, existe en esta afirmación un matiz de fondo; en un primer momento, la información es el punto de partida para investigar, de donde la investigación depende de la capacidad del individuo de indagar en la realidad para incorporar los resultados a un saber general, no necesariamente científico, sino común. Pero en un nivel diferente, el *conocimiento* se distingue así de la *información* cuando la indagación es ordenada, sistemática, basada en información selectiva y orientada a buscar establecer relaciones entre los fenómenos que originan un hecho, con el fin de *conocer* algo. En el primer caso, la tendencia es a *sumar información* (proceso inductivo), en el segundo, a *generar conocimientos nuevos* susceptibles de ser aplicados a una generalidad (se trasciende el ámbito de la lógica formal).

Todo lo anterior expresa cambios y evidencia diferencias. Nociones como desarrollo y subdesarrollo, riqueza y pobreza, acceso y marginación, información y conocimiento están inmersos en nuestro quehacer cotidiano para combinarse entre sí y demostrarnos la necesidad de enfrentar nuevos retos y dar solución a añejas problemáticas. La relación entre educación, ciencia y tecnología se hace entonces patente, de donde la intención aquí no es remitirme a su descripción exhaustiva sino, esencialmente, esbozar algunas ideas que permiten la distinción entre *información* y *conocimiento*, punto de partida de una de las actuales discusiones respecto de la educación en línea para apoyar su viabilidad social.

¿SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN O SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO?

El fundamento del conocimiento de lo que hoy llamamos modernidad, se desprende del pensamiento científico del saber físico-matemático propio del siglo XVIII, que pronto empieza a ser difundido, cuando el ser humano afirma la existencia de la razón para dar respuesta a múltiples interrogantes sobre su existencia y su relación con el entorno donde se ubica. La difusión acelerada de los

conocimientos alcanzados se da gracias a los paulatinos avances en el campo de las tecnologías de la información. Debido al potencial atribuido a estas tecnologías para desconcentrar y descentralizar la información obtenida, el paso de un momento a otro de la revolución industrial se hace posible.

Pero no toda la información¹ que se produce circula; sólo está a la disposición una pequeña parte –siempre inconmensurable– y de ella, un mínimo es aprovechado por los individuos para *producir conocimiento*. El resto permanece como información, aun si ésta se recupera, cuando la investigación no se fomenta, cuando los sistemas científicos y educativos permanecen tan apartados entre sí, que es suficiente con saber que cada día la información crece tanto, que se escapa del límite de nuestras posibilidades dar cuenta de ello.

En la medida que los individuos amplían su gama de saberes², los datos se multiplican y se diversifican; la necesidad de dar forma a un inventario de su existencia hará preciso, más tarde, encontrar salida al estudio de cada una de sus partes. El inicio sugiere, no obstante, que la realidad se reduzca a números y, con ello, se esconden las complejidades y particularidades propias del pensamiento humano diluyendo, en el proceso, lo específico de ciertos grupos sociales, identificado en un principio como no susceptible de ser simplificado en indicadores o categorías.

¹ Se entiende por información a una operación de relaciones con base en un orden que alude a un universo que la dota de valor pragmático y de contenido y cuya concreción depende del dispositivo que regula su acceso. Esta operación de relaciones da lugar a un nuevo complejo de relaciones cuando una y otra operación entran en contacto (datos estadísticos, cuadros, mapas, interpretación, etcétera. Para abundar al respecto véase: Ma. Nérida González de Gómez, «La sociedad del conocimiento: conceptos y premisas» en Almada, Margarita et al (eds.). *Contribución al desarrollo de la sociedad del conocimiento*, México, CUIB-UNAM, 2000. Otra forma de entenderlo, alude a la naturaleza de los contenidos, y correspondería a la cantidad de datos codificados susceptibles de ser comunicados, por un medio seleccionado para tal efecto, a aquellos agentes interesados en entrar en un circuito de información.

² Aun cuando muchos autores establecen una similitud entre nociones como conocimientos, saberes e información, yo difiero de ello. La costumbre, básicamente en el empleo del lenguaje, nos indica su equivalencia. Cuando hacemos referencia a alguna persona por su nombre y nuestro interlocutor identifica de quién se trata, suele responder «sí, la conozco». Y ello no equivale a que tenemos una idea general de sus antecedentes, lo que hace, lo que piensa respecto de ciertos temas, etc. Podríamos entonces sustituir la respuesta por «sé a quién te refieres». Un saber, entonces, está referido al manejo de habilidades y a aprendizajes cotidianos, es decir, es el conjunto de conocimientos que posee un individuo o grupo social y que se recogen para ser transmitidos a otros grupos o generaciones, generalmente por vía oral aunque algunos de ellos sólo se recuperan a través del contacto personal, y se consideran por acabados. Esto es, se recuperan sin quitar ni agregar nada pues se aprecia que dan cuenta cabal de una realidad específica. Aunque parten de la realidad, no constituyen un conocimiento ordenado y sistemático de la misma pero pueden ser punto de partida para dar forma a un conocimiento científico. La información alude al manejo de datos que no necesariamente representan nada para quien los utiliza. Los saberes se aplican y se contrastan, la información se utiliza y se maneja.

La disponibilidad de información se da gracias al avance de la tecnología³ en las naciones más desarrolladas, para quien resulta un imperativo tratar de controlar un futuro cada vez más incierto, de donde la tecnología es una expresión de valor para quien la detenta, no para quien la usa; ahí radica la importancia del conocimiento que le dio origen.

Aun si la tecnología se expresa con mayor fuerza en el ámbito económico –para producir cambios sustanciales en dos esferas básicas: mercado y producción–, su impacto indica la vigencia de una sociedad industrial en tránsito. La forma de expresión que la economía alcanza es digital-virtual para concretarse en *información y conocimiento*. Toda realidad se reduce a una codificación para transformarla en información; así, el contraste información-realidad *hace que parezca* conocimiento.

La *sociedad de la información* supone la evolución de las tecnologías con una aplicación multidimensional. Los conocimientos implicados en un proceso de este tipo tienden a tener una vida muy corta para ser reemplazados por otros más acordes con la evolución de un proceso determinado, por lo que la proliferación de las teorías asociadas a ello es la nota distintiva.

Los elementos que aquí se manejan son medibles por naturaleza, por lo cual la gestión de los recursos involucrados puede ser controlada y la relación costo-rendimiento permite evaluar los niveles de rentabilidad. Por tanto, sus posibilidades de evolución, difusión, utilización y beneficio potencial son casi ilimitadas para quien detenta la tecnología.

Los indicadores que permiten hablar de la vigencia de una *sociedad de la información* son diversos: el consumo y generación de información, el incremento en el consumo y producción de tecnologías de la información y la comunicación, el número de ordenadores por habitante, el número de conexiones a la internet, el replanteamiento de esquemas y valores tradicionales como resultado de la proliferación y aceptación de nuevas formas de hacer, entre muchos más.

La *sociedad de la información* implica partir de datos codificados (elementos numéricos, alfabéticos, hechos o registros relacionados entre sí) que, así presentados, carecen de relevancia. La información constituye, en sí misma, un mensaje. Se busca, en esencia, que constituya un soporte; los datos se transforman en *información* cuando se les dota de un valor específico, ahí radica la posibilidad de ser recuperados para su interpretación, gracias a lo cual, será factible transformarlos en *conocimiento*.

³ En los inicios de la era industrial, la fábrica moderna es una red tecnológica donde no es preciso que los trabajadores tengan conocimientos específicos, por lo cual el salario puede ser tabulado. Esta base da origen a la producción en serie, actualmente puesta en evidencia a partir de la segmentación de los procesos productivos en aras de la obtención de *la calidad*.

Lo anterior constituye una realidad difícil de negar; pero ello no anula la existencia de otro paradigma que coexiste: la *sociedad del conocimiento*. Aquí radica la fuente principal de valor actual. Y referirlo no es sencillo, pues involucramos a un conjunto de elementos de distinta naturaleza entre sí que se combinan para constituir una unidad: *información contextualizada*, experiencias, valores, percepciones, *formas de hacer y de pensar*, entre otros; surgen y toman forma en la mente de un experto que selecciona o discrimina los componentes de la nueva unidad. El conocimiento es *expreso* cuando ha logrado concretarse y recogerse en rutinas, procesos, normas, etcétera, susceptibles de ser codificados y quedar a disposición de personas distintas del experto. El conocimiento es *tácito* cuando la imposibilidad de concretarlo permite que sólo el experto lo conserve.

Los ejemplos posibles abundan. En el primer caso, podemos hablar de un científico que busca encontrar reacciones posibles de un componente bajo condiciones diferenciadas a aquellas de las cuales obtiene resultados conocidos, como podría ser una enzima o una bacteria. Ha iniciado, no con información sino de la investigación de cómo, a partir de una serie de datos conocidos, es posible establecer combinaciones, relacionar procesos y obtener resultados en un cierto sentido; aquí obtiene *conocimiento nuevo*, es decir, algo que no representa en sí ninguna novedad, pero que no lo había experimentado. Lo único que hace es partir de una realidad para irse aproximando a ella de una forma ordenada y sistemática a fin de dar cuenta de todos los pasos que se van sucediendo. Cuando altera una parte del proceso que no había sido considerada con anterioridad, es posible que obtenga *nuevo conocimiento* cuya resultante es un descubrimiento. Aquí, es factible encontrar la diferencia entre *información, investigación y conocimiento expreso*; cuando el conocimiento se convierte en algo valioso para derivar productos, como por ejemplo cuando una empresa farmacéutica precisa del experto, no de la información que éste pueda proporcionar, significa que hay un conjunto de saberes, difíciles de concretar, que el investigador lleva consigo y que se denomina *conocimiento tácito*; todo ello representa para una organización un capital intelectual. Y esto recupera la importancia del conocimiento como nuevo generador de riqueza.

LA EDUCACIÓN EN LÍNEA ¿IMPERATIVO TECNOLÓGICO O VIABILIDAD SOCIAL?

La tecnología digital inaugura una nueva época; las primeras computadoras aparecen a mediados del siglo XX para cubrir objetivos militares, hecho que marca la prioridad de la tecnología respecto de la ciencia para mantenerse hasta nuestros días. La relación con el mundo se modifica y, con ello, la concepción sobre la ciencia.

El principio de la racionalidad científica se orienta por intereses económicos. Un mundo interconectado tiende a «compartir» objetivos, conocien-

tos, intereses, concepciones y valores pero, paradójicamente, los beneficios se concentran en unos pocos y, con éstos, el desarrollo de la ciencia y la tecnología, lo cual determinará las características del avance del conocimiento en el mundo para profundizar las diferencias. Y la educación es sólo un medio de su expresión.

Es posible afirmar que los últimos años del siglo XX privilegian a la educación como tema central de la agenda internacional. Entre más se promueve el nivel educativo, es más evidente el desarrollo social alcanzado por sectores cada vez más grandes de la población de un país⁴ y, con ello, la generación de crecimiento económico.

Países como México, son considerados como economías intermedias debido a los niveles de industrialización alcanzados, que coexisten sin embargo con grandes desigualdades de tipo social. La educación continúa siendo un problema difícil de solucionar en un mundo que exige, ahora con mayor énfasis, mejores niveles de preparación *de calidad*⁵ para hacer frente a un mundo donde la competitividad, en todos los órdenes, es la nota distintiva.

La demanda educativa sobrepasa la oferta por parte del Estado. Y la tecnología significa entonces la posibilidad de extender el acceso a la educación, cuando la proliferación de los programas en línea se vuelve algo cada vez más común.

Una reflexión aquí se hace necesaria. Con grandes avances o enormes retrocesos o carencias, la mayoría de las personas en el mundo ha tenido una educación «convencional» que asegura que la forma más idónea para aprender es estar cerca de «aquellos que saben», como si el simple contacto significara «aprender»⁶. En los países más avanzados –científica y tecnológicamente hablando–, la incorporación de nuevas modalidades educativas es una cuestión cultural; ello explica la enorme diferencia medida en generaciones que separa al desarrollo del subdesarrollo, por más que queramos ignorarlo.

⁴ Es evidente que el contexto económico general no puede aislarse aunque en el marco de estas ideas, habremos sólo de mencionar únicamente su íntima relación.

⁵ Recordemos que en la actualidad, la «cantidad» de educación no es suficiente para lograr alcanzar niveles más elevados de crecimiento y desarrollo económicos; es preciso que ésta sea de *calidad*, con lo cual la educación se convierte en una mercancía más, cuando es posible «medir el conocimiento adquirido». Esto último y conforme a lo que hemos venido expresando, no resulta factible. La información manejada se puede medir, el conocimiento se debe ponderar de acuerdo con situaciones específicas.

⁶ Situación común en el contexto de una educación convencional, donde se espera que la «sabiduría» sea derramada a través de la enseñanza aunque se presume que se ha puesto énfasis en el aprendizaje. En el caso del *conocimiento tácito*, su transmisión es silenciosa, se obtiene a través del contacto directo con aquellos que lo poseen durante el desarrollo de sus actividades profesionales. Pero aquí no hay una intención de «enseñarlo»; no se sabe tampoco donde inicia el aprendizaje y es difícil tener una idea de dónde habría de concluir; se busca, sin embargo, el desarrollo de una actividad sistemática conjunta y coordinada.

En países como el nuestro, asumimos –en el mejor de los casos, cuando concluimos que la tecnología no lo es todo– que es suficiente contar con un poco de tecnología para iniciar el cambio; olvidamos en el camino que el tránsito no asegura alcanzar metas y objetivos. En esencia, es posible afirmar que carecemos de una tradición en la búsqueda de alternativas educativas reales que promuevan una formación independiente respecto de una institución educativa y del profesor tradicional. Se tiende a afirmar, sin cortapisas ni excepciones, que la educación mediada por un ordenador es la salida más viable para hacer extensiva la educación a sectores más amplios de la población, con posibilidades restringidas de acceso a una institución o a un sistema por la vía tradicional, como si la incorporación de la tecnología, *per se*, asegurara el éxito de un programa educativo.

Sin negar los beneficios y avances potenciales susceptibles de ser logrados a través de la tecnología sin requerir de los encuentros cara a cara, es fundamental subrayar que esto debe formar parte de un proceso de largo plazo para el cual debe existir un programa de preparación que permita prescindir, paulatinamente, del contacto personal. Pero es preciso partir de situaciones presentes para ir avanzando en el proceso; inicialmente éste tiende a ser directivo –y no dirigido– para ser progresivamente independiente.

Más que una necesidad real, el encuentro presencial es una cuestión de principios aprendidos. No podemos ignorar la determinación que significa haber experimentado el paso por una escuela tradicional porque obviar la crítica significaría renunciar a la posibilidad de encontrar alternativas más viables para nuestras actuales necesidades, posibilidades y recursos, como instituciones individuales y como país. Y en este caso me referiré, casi de manera exclusiva, a la formación en el nivel de educación superior, pues para el caso de la especialización, actualización y capacitación, considero debe ser objeto de mayores precisiones y excepciones. En esta línea, representa más una reflexión respecto de la manera de concebir a la educación en general, para hacerla extensiva a lo particular, la educación en línea; concibo que es el momento de revisar sus fundamentos, para tener un arranque menos accidentado con resultados más adecuados en la alternativa que nos ocupa, cuando la tentación de importar muchos de sus vicios es algo difícil de erradicar.

No importa si nos hemos iniciado en la experiencia de modelos alternativos, como el sistema abierto. Básicamente, en la mayoría de los casos continuamos reproduciendo el mismo esquema –matizado pero al fin y al cabo, el mismo– todavía vigente en el modelo tradicional. Como por decreto, el cambio de una asistencia cotidiana a una institución, por sesiones esporádicas, es el inicio de una alternativa «diferente» de educación. Elaboramos materiales didácticos donde les indicamos⁷

⁷ La falta de preparación para desarrollarse en el contexto de un proceso educativo, ha hecho que una gran mayoría de docentes desarrolle una propuesta meramente instruccional a través de la cual, afirman, se establece la comunicación y se propicia la interacción.

a los estudiantes matriculados en esta opción, lo que debe cubrir para *saber lo necesario*.

Nos sentimos tranquilos cuando llega la sesión presencial y los estudiantes leyeron el material, trabajaron en las actividades de aprendizaje y respondieron preguntas cuyas respuestas es factible encontrar, sin dificultad, en el material biblio-hemerográfico que les señalamos. En esencia, discutimos en torno de las lecturas, damos respuesta a interrogantes básicas y cuidamos de que no existan dudas. Incluso, el material suele recuperar preguntas de autoevaluación para que el estudiante esté tranquilo porque, tanto la sesión presencial como las autoevaluaciones, le ayudarán a *validar* lo que aprendió. Se asume que el estudiante *investigó* –¿buscó datos en los contenidos del material sugerido? o, en otro orden, ¿decidió iniciar por cuenta propia una búsqueda para determinar la elección de otro material que evalúo, es más pertinente?–, entendió y reflexionó y, finalmente, *aprendió y comprendió*⁸, es decir, se afirma que *conoce* el tema. *El estudiante tiene así la certeza de que sabe*. El profesor le manifiesta, de alguna manera, que todo está bien y los estudiantes no se preocupan, por el momento, de si lo que aprendieron tendrá alguna posibilidad de ser incorporado a su vida diaria –desempeño profesional incluido–, pues en esta línea, los estudiantes están seguros de que existe una separación tajante entre la teoría que se aprende en la escuela y el conocimiento real que se asimila en la actividad laboral. Y en la mayoría de los casos, no alcanzan a dar contenido a estas premisas cuando se les pregunta al respecto; lo fundamental, por el momento, es acumular créditos. El conocimiento, deducen, llegará cuando la necesidad lo marque.

Este mismo esquema suele ser trasladado a un programa en línea. Lo único que debemos hacer es agregarle cierta dosis de esfuerzo técnico para hacerlo atractivo en la pantalla y estar listos para *interactuar*⁹ vía, por citar unos ejemplos, foro, chat o correo electrónico, pero ¿nos hemos cuestionado suficientemente sobre la naturaleza del resultado final? los estudiantes ¿han *aprendido* o han obtenido *conocimiento nuevo*?

No podemos olvidar que, al menos para el caso de México, los sistemas alternativos de educación están siendo una opción de primera mano, cuando el ámbito productivo y laboral demanda cada vez mayor nivel educativo, a fin de agregar un nuevo filtro ante la gran demanda de puestos laborales que la oferta no logra cubrir.

⁸ De aquí desprendemos la enorme aceptación que ha tenido la oferta de programas presenciales y a distancia para el desarrollo y la evaluación de aprendizajes basados en competencias.

⁹ Esta referencia nos llevaría a una discusión bastante amplia respecto de sus implicaciones. Conectarse a la red y enviar un mensaje para que otra persona lo responda y así sucesivamente, no significa que nos estamos comunicando para lograr la interacción pedagógica; por supuesto, ello no permite imaginar siquiera la reflexión en torno de la conectividad como la tendencia de la presente década, tema que merece ser tratado aparte.

Las condiciones en las cuales se encuentra nuestro país, demandan sobre todo de la aplicación de *habilidades* que indican una especialización, es decir, posesión de *conocimiento específico*. Las cifras nos indican que los recursos destinados a la investigación científica cada vez son menores; la generación de conocimientos ha pasado a segundo plano pues es más sencillo importar el conocimiento necesario y saltar etapas, que dedicar recursos para desarrollarlo. Me queda claro que este tipo de acciones cae en el terreno de las políticas públicas, pero no debemos evitar poner en entredicho la importancia futura de sus implicaciones.

Evidentemente, en este sentido no estoy pretendiendo que el objetivo central de la educación superior sea sólo el de formar científicos, ni intento afirmar que las diferentes líneas pedagógicas vigentes hoy en día carecen de sustento. Asumo que el paso por la universidad debe significar educar a los individuos en términos de sus necesidades personales, laborales, sociales y nacionales que se modifican cada vez con mayor fuerza, por las condiciones del entorno internacional. Recordemos que la tendencia de la teoría es casi siempre la de ir a la zaga respecto de las condiciones presentes y lo considero una razón suficiente para examinar, con sentido crítico y con interés interdisciplinario, nuestras concepciones y formas del quehacer académico y educativo.

Sin temor a equivocarme, asumo que la mayoría de nosotros hemos recibido una formación tradicional y sólo algunos hemos tenido alguna experiencia –no homogénea– educativa no formativa¹⁰ en línea. No me atrevería a cuestionar si cada uno de nosotros sabe lo que hace porque, con seguridad, un buen número se sentiría ofendido. Lo cierto es que ponemos en práctica lo que *hemos aprendido que debe hacerse* pero pocas ocasiones nos hemos detenido a reflexionar *si lo podríamos hacer de una forma diferente*.

En lo particular, mi contacto con algunas actividades en línea me ha llevado a sentir, quizás de manera aproximada, lo que experimenta un estudiante cuando le plantean un esquema más o menos tradicional –como el descrito más arriba–, y cuando percibo alguna variación que me obliga a *pensar de una manera diferente*. Lo anterior me indica que hay una diferencia de grado entre *aprender*, en términos pedagógicos, y *construir conocimiento*, desde el punto de vista de la Ciencia. Y ello no tiene nada que ver con la tecnología utilizada.

¹⁰ Con ello me refiero básicamente a habernos inscrito en algún curso informal, haber formado parte de una conferencia virtual, participado en un foro, entre otros ejemplos, lo que significa en esencia, que recurrimos a lo que *ya sabemos* para someterlo a un intercambio o discusión de ideas a fin de «poner en movimiento el conocimiento obtenido». Pero si por curiosidad preguntamos a cualquier persona formada en un contexto superior tradicional si matricularía a sus hijos en una institución bajo la modalidad e-learning o cualquiera otra a distancia, con sorpresa constataríamos que la respuesta casi homogénea es «no». No así sucede con los cursos de especialización, actualización o posgrado, donde la alternativa goza de una mayor aceptación.

Cierto, el tema dista mucho de agotarse en unas líneas, pero su trascendencia nos dicta también que la tarea no es sencilla. La tecnología es una realidad avasalladora que puede ser recuperada para ayudarnos a solucionar problemas neurálgicos para afrontar el futuro. Las condiciones presentes nos la imponen a riesgo de agrandar la brecha con las economías más desarrolladas. Pero nuestras necesidades y recursos nos enseñan que debemos recuperarla vía la reflexión y el análisis de cómo nos dará mayores frutos. Aprendamos que la tecnología puede hacernos la vida más fácil si sabemos cómo, cuándo y cómo incorporarla, pero también puede llevarnos al encierro de un laberinto sin retorno si hacemos un uso indiscriminado de ella. La tecnología de punta no es el último grito del mercado, es la posibilidad de encontrar mejores y más adecuadas vías para resolver nuestros problemas más apremiantes.

PALABRAS FINALES...

- A lo largo de la segunda mitad del siglo XX, la producción deja de ser el centro del análisis como base para generar riqueza; la información empieza entonces a ser el punto de partida para generar conocimiento, mismo que será decisivo en los procesos futuros de toma de decisiones de gran alcance.
- Un examen crítico de lo que hasta el momento se ha hecho en materia de modelos educativos alternativos, indica que el modelo tradicional vertical que privilegia la información por sobre el conocimiento, es todavía una constante.
- Las necesidades del mundo actual marcan la conveniencia de volver los ojos hacia la importancia que representa para países como el nuestro la generación de conocimiento. En este contexto, es fundamental reflexionar respecto de la importancia de revisar nuestros actuales programas que privilegian el acceso a la información cerrada.
- Una visión de largo alcance indica que la investigación vinculada al conocimiento científico parece ser la alternativa más conveniente para ser incorporada en los planes de formación a nivel superior.
- Con esa base, la educación en línea constituye un enorme potencial para extender los beneficios de las tecnologías de la información y de la comunicación con un sustento formativo más sólido.
- La preeminencia de las tecnologías de la información y la comunicación significa dar cabida a una nueva forma de poder por parte de quien las controla. Pero la presencia casi avasalladora de la tecnología plantea, no obstante, alternativas a aquienes deben asimilarse a la nueva arquitectura

de las redes. Apropiarse de la tecnología no significa sumirse en su proyecto utópico de metas infinitas; representa también la posibilidad de dar forma a proyectos sociales con contenido, no sólo formativo sino educativo en el sentido más amplio del término, a fin de representar una alternativa real.

*El que sabe suele generalmente sentirse
satisfecho de lo que cree que lleva consigo,
aquel que conoce duda de haber hecho
suyo un universo al que difícilmente
le encontrará principio y fin.*

*Ello le dará la certeza de lo que
no tiene, pero que constituye la base
para alcanzar lo que no tiene fin.*

*El primero vivirá con una seguridad incierta,
el segundo, con incertidumbre permanente.*

leep, 2002

PERFIL ACADÉMICO Y PROFESIONAL DE LA AUTORA

Luz Elena Espinoza Padierna cursó estudios de licenciatura y maestría en Relaciones Internacionales en la UNAM. Posgrado (DEA) en Sociología del Desarrollo, IEDES-Pantheon Sorbonne, Paris. Diplomado en Educación Abierta y a Distancia, UNAM, México. Participación en cursos, seminarios y congresos nacionales e internacionales, talleres y mesas redondas sobre temas especializados. Profesora de asignatura por concurso de oposición en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ha sido canciller del Servicio Exterior Mexicano; asesora e investigadora en la Secretaría de la Presidencia, Secretaría de Educación Pública y Secretaría de Relaciones Exteriores; Articulista en diarios y revistas especializadas de circulación nacional. Producción: materiales didácticos, ponencias y artículos aparecidos en publicaciones nacionales y extranjeras en temas como política industrial, teoría de relaciones internacionales y educación.

Universidad Nacional Autónoma de México.
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, adscripción al Centro de Relaciones Internacionales (CRI) y a la División Sistema Universidad Abierta (DSUA).
Circuito Mario de la Cueva s/n
Ciudad Universitaria, México
Dirección electrónica: leepmx@yahoo.com.mx